

# 1

## OTOÑO 376 D. C.

EN ALGÚN LUGAR DE DACIA

Un relámpago.

Llevaba dos días lloviendo y ya atardecía.

Arnulf tensó los músculos, afianzó los pies en el barro y volvió a tirar de la cuerda empapada. Ya no le quedaban fuerzas. Las palmas de las manos le escocían, sentía los dedos agarrotados. Le dolían los brazos, las piernas, tenía hambre y, a pesar del esfuerzo, temblaba de frío. Por suerte la lluvia se le mezclaba en el rostro con las lágrimas. No quería que su hermana pequeña, sentada en la parte delantera de la carreta, le viera llorar. La chiquilla también sollozaba.

Un trueno.

El viejo buey se negaba a seguir avanzando. La bestia soltó un mugido lastimero, como si estuviera pidiendo clemencia, como si le estuviera diciendo a Arnulf que le dejara morir allí. Las patas del animal estaban hundidas en el lodo hasta las rodillas y las cuatro ruedas de la carreta casi hasta el eje.

Arnulf se sorbió los mocos. También estaba empezando a dolerle la cabeza. Luego se restregó los ojos con la mano derecha. Intentó quitarse el agua de la cara y apartarse la melena rubia y apelmazada de barro hacia un lado. No sirvió de nada. Volvieron las lágrimas y con ellas la visión borrosa, el pelo volvió a cubrirle el rostro y la lluvia volvió a anegarle la cara. Sí sirvió para percatarse de que la cuerda le había ajado los callos de las manos. Las palmas empezaban a sangrarle.

—¡Cuando te diga, atízale fuerte! —gritó Arnulf procurando que su voz sonase firme y no desesperada.

Su hermana cogió la vara con temblorosa timidez. Al menos, si le daba algo que hacer, podría conseguir que dejase de llorar. Y quizá la niña de ocho años pudiese canalizar toda su pena, su rabia y su frustración a través de la vara y sobre el lomo del animal. Y

quizá el viejo buey hiciera un último esfuerzo que les permitiera seguir huyendo.

—¡Uno!

Su padre había construido esa carreta. Era la más robusta de la aldea que se habían visto obligados a abandonar y en la que Arnulf había pasado los dieciséis años de su vida.

Un relámpago.

—¡Dos!

Arnulf miró a su espalda. La última de las carretas de la enorme caravana superaba ya una lejana colina y desaparecía tras ella. En ese momento a la impotencia se le sumó también el terror a la soledad. Varios de los hombres de la caravana habían intentado ayudarlo, pero se habían dado por vencidos. El tiempo apremiaba. Luego le habían ofrecido un hueco en sus propias carretas, pero Arnulf se había negado. Todo lo que tenían estaba sobre esos tablones y bajo esas lonas: aperos de labranza, comida, utensilios, pieles, ollas. No podían abandonarlo todo. Bastante habían dejado atrás ya. Ahora se arrepentía.

—Tú verás, muchacho —le había dicho uno de los hombres.

Pero sobre todo, no hubieran sido capaces de llevar consigo a madre, tumbada y enferma bajo la cubierta, acosada por las fiebres, delirante, con los ojos hundidos en las cuencas, la cara de un pálido azulado, las ojeras negras y profundas.

Un trueno.

—¡Tres!

La pequeña Brunilda atizó a la bestia con una fuerza que Arnulf no creyó que pudiera tener. Arnulf gruñó e hizo uso de todo el peso de su cuerpo para tirar de la cuerda. El viejo buey volvió a mugir. También los músculos de su enorme cuerpo se tensaron. Alzó una de las patas, luego otra, chapoteó en el barro. Crujió la madera de las ruedas.

—Vamos —dijo Arnulf entre dientes y cerrando los ojos—. Vamos.

El joven godo se inclinó aún más hacia atrás. Un poco más. Y tiró. Tiró. Un pequeño paso. Apenas un palmo. Las ruedas empezaban a girar. Y, de pronto, el suelo resbaladizo se negó a sostenerle por más tiempo. Los pies de Arnulf se deslizaron sobre el lodo y cayó de nalgas en un charco. La bestia dejó de moverse. Brunilda

dejó de golpearla. Y las ruedas volvieron a su posición inicial. Era imposible.

Un relámpago.

El joven, derrotado, ya no tuvo fuerzas para ocultar su desesperación y rompió a llorar. Arnulf, sentado sobre el charco, bajo la lluvia, rodeado de un fango castigado, batido por los miles de pies, pezuñas y ruedas que lo habían atravesado, quiso dejarse morir. Y lo hubiera hecho de no haber sido porque debía cuidar de su madre y de su hermana.

Un trueno.

Se llevó la mano a la runa de barro que, atada a una cuerda, le colgaba del cuello. Era el símbolo del dios de las tormentas, un regalo de su padre. Se lo había entregado hacía ya una luna, cuando salió de la aldea con el resto de los hombres, convocados por el caudillo local, para hacer frente a los demonios de ojos rasgados. Le dijo que hasta su regreso él sería el hombre de la familia. A pesar de su sonrisa y aparente firmeza, Arnulf pudo ver en el rostro de su padre la pena y el miedo. Días después, un grupo de hombres a caballo, fuertemente armados y a los que no conocían, aparecieron por la aldea y dijeron que el rey Fritigerno había ordenado que lo recogieran todo, que abandonaran sus casas de madera y brezo y que se dirigieran al sur, hacia el gran río. Cundió el pánico. Llevaban meses oyendo hablar de los demonios. Decían que eran hijos de unas brujas desterradas generaciones atrás por uno de los reyes godos. Las brujas, en las lejanas estepas, convocaron espíritus malignos que las preñaron y dieron a luz a la raza que ahora los perseguía y aniquilaba.

Arnulf nunca había visto a ninguno de ellos. Por lo que contaban, aquellos demonios eran de baja estatura, nervudos, delgados, y parecían niños, pues le llegaban a un godo adulto solo hasta el ombligo. Tenían los ojos rasgados y la cara aplanada, como si alguien se la hubiera golpeado con una sartén nada más nacer. Tenían las piernas arqueadas, pues, al parecer, vivían montados en sus caballos. Comían carne cruda que calentaban entre las sillas de montar y el lomo de sus animales. Algunos tenían el cráneo alargado y carecían de pelo facial. Hablaban una lengua endemoniada. Aparecían de madrugada, al galope, disparando flechas, una tras otra, con sus extraños arcos, pequeños y curvados, desde lo alto de sus monturas.

Aullaban como lobos. Lo destruían todo, mataban a los hombres y se llevaban el ganado y las mujeres. La primera vez que el padre de Arnulf oyó hablar de ellos dijo que eran cuentos para niñas. Pero en la aldea no tardó en saberse que esos demonios eran reales. Y ahora huían. Todos los godos huían. Hacia el gran río. Hacia el imperio del que tan pronto llegaban comerciantes con baratijas, como hombres andrajosos hablando de un dios crucificado, como ejércitos que lo arrasaban todo a su paso.

Arnulf sintió el abrazo húmedo de su hermana. Brunilda se acurrucó junto a él bajo la lluvia. La pequeña temblaba. No solo de frío. —Tengo hambre —dijo la niña entre sollozos.

Él la rodeó con los brazos en ademán protector, con la fuerza que dan la impotencia y el desamparo. Supo que le estaba haciendo daño.

Un relámpago. Lluvia. Un trueno.

De la carreta surgió un grito. Era madre. Eran las fiebres. Brunilda y Arnulf eran los dos hijos supervivientes de seis hermanos, todos habían muerto antes de cumplir los dos años. El último hacía tan solo unos días, del mismo mal que ahora amenazaba con llevarse a madre.

Junto a la runa que le diera su padre colgaba una pequeña cruz de madera. Regalo de su madre y símbolo de ese dios nuevo que se confundía con los viejos. Arnulf rogó a ambos, al dios de las tormentas de su padre y al dios crucificado de su madre. El primero, el dios de los guerreros; el segundo, el dios de los desamparados.

El suelo embarrado empezó a retumbar. No del modo en que temblaba cuando tronaban los cielos, sino de forma continuada, casi imperceptible al principio, pero cada vez con más fuerza, cada vez más cerca. Arnulf se estremeció. Supo de pronto que eran caballos. Decenas de caballos. Centenares quizá. El joven godo se incorporó de un salto.

—¡Vuelve a la carreta! ¡Deprisa! —le dijo a su hermana.

Brunilda echó a correr. Dos pasos y la chiquilla cayó de bruces. Arnulf se apresuró a ayudarla, la cogió en brazos y corrió cargando con ella, chapoteando en el lodo. La succión ejercida por el barro a cada paso amenazaba con engullirle las viejas botas ajadas.

Por un momento pensó en degollarla como se degollaba a los cerdos o a los conejos, tanto a ella como a su madre, para que no cayesen en manos de los demonios. No hubiera podido hacerlo.

Aun si le hubieran dicho que ambas se enfrentarían a una vida de esclavitud, vejaciones y miseria, no habría sido capaz. Cuando llegó a la parte trasera de la carreta con su hermana en brazos, vio la masa negra de jinetes a lo lejos, difuminada por la lluvia. Avanzaban rápido. El corazón dejó de latirle un instante. Su respiración quedó en suspenso. Tuvo que sacudir la cabeza para reaccionar. Apartó las pieles que hacían las veces de cortina y metió a su hermana en la carreta. Dentro, rodeada de cacharros, tumbada sobre un jergón de paja y cubierta de pieles de oveja, gemía madre. Y movía la cabeza de un lado a otro con los ojos abiertos y perdidos en la nada. Olía a enfermedad.

—Quédate ahí. Escóndete. No te muevas y no hagas ruido, como cuando jugábamos al escondite —le dijo Arnulf a su hermana.

La pequeña, petrificada, era incapaz de dejar de llorar, incapaz de apartar la vista de la masa de jinetes. Arnulf le enmarcó la cara con las manos y la obligó a mirarle. Pudo ver el terror en sus ojos. Le besó la frente y volvió a mirarla.

—Hazme caso y todo saldrá bien.

La pequeña asintió un par de veces y se ocultó como pudo.

El joven godo sabía que no serviría de nada que se escondiera. Los demonios destrozarían la carreta de su padre buscando cualquier objeto de valor. Y las encontrarían a ambas. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Quizá pudiera correr en dirección opuesta, que le siguieran a él. Tampoco serviría de nada.

Un relámpago.

El suelo temblaba cada vez con más intensidad. Arnulf volvió la mirada. Ya podía distinguirse algún pendón rojo a lo lejos. De un salto entró en la carreta y empezó a buscar entre los cacharros. A revolver frenéticamente. Observó a madre, espasmódica, cada- vérica, azul e impotente. Luego vio el lugar que había elegido su hermana como escondrijo, detrás de los dos sacos de trigo que utilizarían para la siembra cuando llegasen a una tierra benigna. Recurrir a ellos para comer hubiera supuesto morir de hambre al año siguiente.

Un trueno.

Encontró lo que buscaba: un hacha de leñador. También, y a modo de escudo, cogió la tapa circular de bronce de la olla más grande que tenían. La lluvia impactaba con fuerza sobre las pieles

que hacían de cubierta; en dos o tres puntos el agua ya empezaba a filtrarse a pesar de la manteca que se utilizaba para impermeabilizarla.

Saltó de la parte trasera al suelo. Dispuesto a luchar y a morir. Los pies se le hundieron hasta el tobillo. El hacha en la diestra, la tapa de la olla en la siniestra y el cuerpo tembloroso. Eran centenares de caballos. Una nube negra moteada de destellos plateados, a ras de suelo, que se hacía cada vez más grande.

La lluvia arreciaba.

—Por favor... —rogó Arnulf a los cielos—. Por favor..., mi vida por la suya..., mi vida por la suya.

Su padre siempre dijo que si algo apreciaban los dioses era el valor. Si los dioses sonreían a los valientes, Arnulf no los decepcionaría. Frunció el ceño, afianzó los pies y, como por arte de magia, dejó de tener miedo, sus músculos se relajaron. Estaba preparado. No sabía para qué, pero estaba preparado. Cerró los ojos. Respiró profundamente. Sintió el agua gotearle de la melena apelmazada, el barro viscoso en los pies, el calor de la madera en la mano derecha, el tacto gélido del metal en la izquierda. El fluir de la sangre en las palmas que la lluvia se encargaba de arrastrar, gota a gota, al suelo. El creciente temblor de la tierra. Mugió el buey. Por suerte, madre había dejado de gritar y de revolverse.

Cuando abrió los ojos comprobó que los jinetes ya estaban a menos de doscientos pasos de él. Los caballos que lideraban la marcha eran magníficos, poderosos. Los jinetes iban enfundados en armaduras plateadas de escamas o cotas de malla, eran hombres altos, recios y fuertes. Las melenas rubias, pelirrojas y castañas sobresalían de los yelmos puntiagudos. La mayoría lucía barbas pobladas. Llevaban los grandes escudos redondos a la espalda, bellas espadas al cinto y lanzas. De entre todos ellos, Arnulf fijó la mirada en el que cabalgaba al frente de. Su armadura no era plateada, sino dorada, al igual que su yelmo. Los dos hombres robustos que le flanqueaban portaban largos palos coronados por sendas cabezas metálicas en forma de dragón con cintas rojas que se mecían al viento. Desde esa distancia los guerreros se le antojaron imponentes. Sin embargo, a medida que se acercaban, Arnulf pudo apreciar que la mayoría, lejos de llegar incólumes e inmaculados, estaban cubiertos de barro y, más aún, de sangre. Muchos llevaban vendajes, escudos astillados,

yelmos abollados. Algunos caballos soportaban el peso de dos jinetes. Había guerreros que apenas podían mantenerse erguidos y algunos que descansaban el pecho sobre los cuellos de sus animales. Las monturas babeaban. El vapor surgía de los cuerpos de los animales como si se les estuviera escapando el alma.

El hombre de la armadura dorada levantó la mano y poco a poco toda la masa de jinetes fue deteniéndose. Arnulf dio un paso atrás y se puso en guardia. Su mente estaba tan decidida a luchar hasta la muerte que aunque ya supiera que eran godos, su cuerpo no pudo evitar adoptar la postura.

—¿Un mal día, muchacho? —dijo desde lo alto el que parecía el jefe de todos aquellos hombres.

Arnulf se le quedó mirando, incapaz de reaccionar. Era un guerrero relativamente joven, de porte aristocrático, de ojos vivos y azules. Su yelmo lucía piedras preciosas de un rojo y un verde intensos. Bajo la armadura de escamas doradas vestía una rica túnica roja y pantalones del mismo color. Las botas, salpicadas de barro, eran del mejor cuero.

—¿Te han cortado la lengua, muchacho? —Arnulf negó con la cabeza—. ¿Te diriges al Danubio? —Arnulf se encogió de hombros—. Al gran río, muchacho. ¿Te diriges al gran río?

—Sí, señor —dijo Arnulf por fin—. Pero la carreta...

—¿A quién pretendes enfrentarte con esa hacha de leñador? —dijo el hombre con cierto tono de bienintencionada sorna.

Arnulf dejó caer sus improvisadas armas al suelo como si le quemaran.

—Creía que erais una partida de demonios, señor —dijo avergonzado.

El guerrero soltó una carcajada.

—No te hubieran servido de mucho. ¿Viajas solo? —dijo extrañado.

—Sí —respondió Arnulf. Luego se dio cuenta de lo estúpido que resultaba mentir en aquella situación—. Quiero decir que no —dijo sacudiendo la cabeza—. Con mi madre y con mi hermana.

El jinete se volvió hacia sus hombres.

—¡Filimer! ¡Sacad esta carreta de aquí!

Sin decir palabra el aludido desmontó y a este le siguió una docena de hombres que empezaron a rodear la carreta. Filimer, hom-

bre corpulento, de mediana edad y de barba rubia desaliñada y poblada, se tumbó en el suelo para comprobar hasta qué punto se había atascado el vehículo. Luego se puso a dar órdenes.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Arnulf, señor.

—¿Eres el último de la caravana?

—Eso creo.

Filimer se acercó al hombre de la armadura dorada.

—Primero tendremos que vaciarla de enseres, mi señor. Es robusta, pero puede que no aguante.

—Haz lo que debas. No dejaremos a nadie atrás si podemos evitarlo. —Luego volvió la cabeza—. ¡Osvald!

—Sí, mi señor —dijo otro de los guerreros.

—Sigue adelante con los heridos hasta dar con la caravana. Distribúyelos entre las familias. Y que aprieten la marcha. Que no se detengan. Os alcanzaremos.

—Sí, mi señor.

Mientras Osvald salía al trote seguido de los heridos y moribundos, los hombres de Filimer se afanaban en vaciar la carreta.

—Señor —dijo Arnulf—, mi madre está enferma y...

—¡Filimer! La madre del muchacho está ahí dentro. No la mováis.

—Y dos sacos de trigo para la siembra al fondo. Si se mojan...

—Y los sacos de trigo tampoco.

Filimer asintió y dio las órdenes oportunas. Sobre el barro iban apilándose todos los cacharros de la menguada familia. La lluvia repiqueteaba sobre ellos emitiendo un sordo rumor metálico. Mientras tanto, cuatro guerreros desuncían al viejo buey y le ayudaban a salir del lodo. En su lugar, y a unos pasos por delante, donde el suelo no estaba tan castigado, los hombres colocaron a cuatro de sus caballos.

—Gracias, señor —logró decir Arnulf.

—Al otro lado del río encontraremos tierras y un clima más benigno para nuestro pueblo.

—¿Tenéis comida? —preguntó el joven godo. El hombre le miró de arriba abajo y Arnulf sintió la necesidad de justificarse—. Yo puedo pasar sin comer, señor. Pero mi hermana...

El hombre de la armadura dorada hizo un gesto con la mano hacia uno de los portadores de los dragones:

—¿Llevas pan o galletas? —le preguntó.

Sin responder siquiera, el portaestandarte sacó de su morral un trapo de lino que envolvía algo y se lo entregó a Arnulf. El joven descubrió la tela y comprobó que dentro había un montón de galletas de trigo. Sintió el poderoso deseo de engullirlas todas, de un bocado, pero se contuvo. De dos zancadas y un salto, sorteando a los hombres que estaban descargándolo todo, entró en la carreta. Miró a madre. La mujer tenía los ojos cerrados y Arnulf observó con satisfacción que ya no se revolvió. Por fin parecía estar en paz a pesar del jaleo. Se acercó a los dos sacos de trigo. Ahí permanecía su hermana oculta.

—Toma, Brunilda. Come. ¿Ves cómo todo ha salido bien? —dijo el joven sonriendo.

A la pequeña se le iluminaron los ojos. Aferró las galletas con ansia y empezó a comer como un perro hambriento. Había dejado de llorar. Sonreía. De pronto dejó de masticar y miró a su hermano a los ojos. Su manita cogió una de las galletas y se la ofreció. Arnulf negó con la cabeza. Los ojos se le llenaron de lágrimas de dicha. No llenó el estómago, pero sí el alma. Miró a su alrededor. Observó la carreta ya casi vacía. Ahora parecía más amplia.

Cuando salió, los hombres de Filimer cavaban hoyos delante de las ruedas y colocaban cuatro escudos astillados delante de ellas para que rodaran sobre algo firme. Arnulf no quiso hacer que su hermana se apeara de la carreta. Su peso no supondría diferencia alguna, y la pequeña ya se había mojado bastante.

—Gracias, mi señor —dijo el joven cuando estuvo de nuevo junto al hombre de la armadura dorada.

Este se limitó a asentir. En ese momento diez hombres se colocaban detrás de la carreta y apoyaban los hombros en la parte trasera. Filimer montó a caballo y rodeó el vehículo comprobando que todo estuviera listo. Luego alzó el brazo.

—¡A mi señal!

Arnulf aguantó la respiración. Hombres, bestias y cuerdas se tensaron. El hombre de la armadura dorada se dirigió al joven:

—En el lugar al que vamos no ven con buenos ojos los símbolos de los antiguos dioses, muchacho —dijo apuntando a la runa que colgaba junto a la cruz—. Harías bien en quitarte eso.

Arnulf dudó un instante. Luego deshizo el nudo de la cuerda que llevaba al cuello, sacó la runa y la dejó caer al suelo. Después volvió a atarse la cuerda. Se sintió extraño.

—¡Ahora! —gritó Filimer. Los caballos empezaron a resoplar, a bufar, los hombres gruñeron por el esfuerzo—. ¡Ponedle empeño, eunucos!

Más gruñidos. Las ruedas comenzaron a rodar sobre los escudos, palmo a palmo. Crujieron las defensas bajo el peso.

—¡Vamos, mujerzuelas! —gritaba Filimer—. ¡Coméis demasiado! ¡Os pesa el culo! ¡Mi abuela tenía más sangre que todas vosotras juntas!

Arnulf se dio cuenta entonces de que, a pesar de sus esfuerzos, le hubiera sido imposible mover la carreta, que ya empezaba a salir del fango. El joven godo sintió una oleada de alivio y alegría.

—¿Dónde está tu padre, muchacho?

—No lo sé, mi señor. Salió para enfrentarse a los demonios y nunca volvió.

—No son demonios, chico. También sangran. Y mueren. La lluvia suele detenerlos, se les mojan los arcos, y las flechas pierden alcance y precisión. Pero tarde o temprano dejará de llover. Filimer y sus hombres se quedarán contigo, ellos te echarán una mano. Sigue adelante y no te detengas —dijo el jinete de la armadura dorada. Luego le miró de arriba abajo—. Si algún día te hartas de arar la tierra, búscame. Necesito hombres que no se achiquen ante las dificultades. —Arnulf asintió. Quiso explicar que había perdido toda esperanza, pero aquel hombre le había visto dispuesto a enfrentarse con un hacha de leñador a una masa incontable de jinetes. Filimer no dejaba de dar gritos a pesar de que la carreta ya casi estaba en suelo firme.

—Yo no sé utilizar un arma, mi señor.

—Eso es lo de menos. ¡Filimer!

—¿Sí? —respondió el aludido.

—Tú y tus hombres quedaos con el muchacho. Si aparecen, cabalgad a mi encuentro.

Filimer asintió con firmeza.

El jinete de la armadura dorada hizo un leve gesto con la mano y, acto seguido, hincó los talones en los flancos de su magnífica montura negra y salió al galope. Volvió a temblar el suelo. Cientos de ji-

netes le siguieron sorteando la carreta por ambos lados. Arnulf se quedó ensimismado observando aquel impresionante despliegue de poder y, de no haber sido porque los sabía derrotados, habría pensado que eran invencibles. El joven se acercó a Filimer, quien ya ordenaba a sus hombres que volvieran a uncir al viejo buey y que se ocuparan de meter todos los enseres de la familia en la carreta.

—¿Quién era el hombre de la armadura dorada? —le preguntó Arnulf sin más.

Filimer le miró extrañado, como si el joven le estuviera hablando en otra lengua. Por fin reaccionó.

—El rey Fritigerno, chico.

Arnulf miró al barro, a la runa de su padre. Tenía la intención de recogerla en cuanto Filimer se diera la vuelta. No tuvo ocasión. El corpulento guerrero había seguido la mirada de Arnulf, hincó la rodilla en el lodo, alargó la mano y cogió la runa para examinarla. La intensa lluvia hizo que el barro se fuera desprendiendo del símbolo del dios de los truenos. Filimer alzó la cabeza y le miró a los ojos, y Arnulf sintió un escalofrío. El guerrero se incorporó y alargó la mano para devolvérsela.

—Ocúltala, pero no renuncies a lo que eres, muchacho —dijo.

## 2

### SIRIA

El mensajero detuvo su galope en lo alto de la colina, justo debajo de uno de los arcos del inmenso acueducto que suministraba agua a la gran ciudad de Antioquía. Tenía el regusto del polvo en la boca y la garganta reseca como el esparto. Agradeció la sombra y supo que su montura castaña, empapada en sudor y babeando espumarajos blancos, también sentiría alivio al cobijarse del sol inmisericorde. El caballo resopló. El jinete le palmeó el cuello.

—Ya casi estamos —le susurró.

Teodoros desmontó de un salto. Sintió el dolor en las piernas al poner pie en tierra, luego en los riñones, en la espalda. Le temblaba el cuerpo. El animal debía de sentir algo muy parecido, y aunque Teodoros no fuera un hombre corpulento, supuso que para su montura dejar de cargar con él iba a ser todo un descanso. No sabía el nombre del alazán, quizá ni siquiera tuviera uno. Le cogió de las riendas y tiró de él hacia el abrevadero de piedra que había cuatro pasos más allá.

—Bebe con cuidado, amigo. Poco a poco —le dijo Teodoros.

El mensajero metió la cantimplora en el agua gélida mientras el caballo bebía. La enjuagó, y procuró asegurarse de que ninguno de los renacuajos que poblaban el abrevadero se colase dentro al rellenarla. Bebió con ansia. Volvió a enjuagar y a rellenar la cantimplora. Luego, sin pensarlo, cerró los ojos y metió la cabeza entera en el agua. Se sintió renacer. Calmados la sed y el calor, contempló la gran urbe que se extendía a sus pies. El Orontes, de aguas cristalinas, reluciente merced a los rayos del sol, atravesaba la ciudad y se veía repleto de barcas que iban y venían aunque, desde la distancia, parecían inmóviles; la calzada, moteada de cientos de siluetas que hormigueaban entrando y saliendo, se adentraba en la urbe como engullida por las puertas; las ciclópeas murallas, las casas blancas de tejas rojas y anaranjadas, el circo, el anfiteatro, el imponente palacio erigido por Diocleciano, las termas. En Antioquía había pre-

dicado san Pablo, y era allí donde por primera vez alguien acuñó el término «cristiano». Y todo ello rodeado del verdor de los campos sembrados, de los viñedos, los olivos, las villas dispersas por el paisaje, la calma. Al sur, extramuros, y también junto al río, se extendía el campamento del ejército imperial. Se rumoreaba que el emperador Valente planeaba una nueva campaña contra los persas sasánidas, el sempiterno enemigo del este.

Teodoros había perdido la cuenta de los caballos que había montado hasta llegar allí. ¿Veinte? ¿Treinta? Uno de ellos había muerto por el esfuerzo del galope continuado a mitad de camino entre Ancyra y Archelais. Era probable que cuando se lo dieron en la posta el bicho no hubiera descansado lo suficiente. A veces pasaban esas cosas. Tuvo que confiscar la montura de un viajero para completar el trayecto hasta la siguiente posta. Si para algo sirvió enseñarle al hombre el sello imperial, que daba derecho a los mensajeros a utilizar el *cursus publicus* y a requisar transporte en caso de necesidad, fue para que el viajero enrojeciera de ira y se quejase airadamente de los impuestos que ya pagaba. Teodoros le hubiera compensado con algo de dinero, pero solo llevaba su soldada encima, tres meses de paga del año que le debían, insuficiente en cualquier caso para pagar por un buen caballo. Además, no era necesario indemnizar por lo confiscado: en teoría bastaba con que el ciudadano supiera que se hacía por el bien del Imperio. De todos modos, pensaba poner su dinero a buen uso en cuanto llegara a Antioquía. Decían que el vino en aquella ciudad era excelente, no como el agua roja y avinagrada que les daban en la lluviosa frontera del Danubio. También decían que las putas eran de cuerpos delicados, deliciosos, de piel bronceada, que follaban con entusiasmo y que nunca se negaban a nada, muy al contrario de aquellas malditas bárbaras de pelo dorado, pechos descomunales y cubiertas de mierda que recorrían el *limes* después de haber atendido a sus miserables rebaños y que simplemente se tumbaban y se dejaban hacer por un legionario tras otro mientras lloriqueaban.

Teodoros sintió una oleada de orgullo al contemplar Antioquía. Si había perdido la cuenta de los caballos, no la había perdido de los días que llevaba cabalgando. Doce en total para un trayecto que solía llevar no menos de veinte. Conocería al emperador en persona y, con suerte, sería recompensado por hacerle llegar las urgentes

noticias tan deprisa. Pensó en ad decentarse un poco antes de entrar en la ciudad y presentarse ante Valente, pero decidió no hacerlo. Era mejor que le viesen cubierto por la costra cuarteada de polvo del camino, oliendo a sudor y a caballo.

—Último trecho, amigo —le dijo a su montura, que también parecía repuesta.

El caballo resopló. Teodoros montó de un salto y comprobó con la mano, de forma mecánica, que aún llevaba encima el morral de cuero con el mensaje. Podría haber recorrido el tramo que le quedaba al paso. Lo mismo daba entregar el mensaje a mediodía que a media tarde, sin embargo optó por pedirle un esfuerzo más al animal. Un mensajero debía llegar al galope, luciendo una mueca de urgencia, levantando el polvo a su paso, apartando a quien tuviera por delante. Era una regla no escrita de la mensajería y garantizaba un mejor recibimiento por parte de los centinelas siempre adormecidos de las plácidas ciudades apartadas de la frontera.

El jinete hundió los talones en los flancos del caballo. El animal dio un brinco y salió al galope.

Teodoros no se molestó en acceder a la calzada: hubiera tenido que sortear tal cantidad de personas, de carretas, de jinetes, hubiera tenido que gritar tantas veces que se apartasen, que prefirió cortar en diagonal e ir directo a las puertas.

Abandonar la ciudad era sencillo. El flujo de salida era constante, un goteo, nadie preguntaba nada, no había que guardar cola. Pero entrar era cuestión aparte. Los centinelas revisaban todo lo que entraba y, dependiendo de lo que fuera, se pagaba una cantidad en virtud de derechos de acceso: a tanto por persona, a tanto por ánfora de vino, a tanto por el aceite, por la cebada, por el trigo. La espera podía hacerse desesperante. Pero más le valía al ciudadano agachar la cabeza, mirar al suelo y pagar lo que se le pidiera o podía acabar recibiendo una paliza y pasando la noche en un calabozo. Los impuestos pagaban las legiones. Las legiones defendían las fronteras. Sin legiones no habría fronteras. Sin fronteras no habría imperio. Sin imperio no habría comercio. Sin comercio no habría riqueza. Sin riqueza no habría civilización.

El mensajero tiró con fuerza de las riendas de su montura a cuatro palmos de las puertas. Los cascos del caballo horadaron la tierra al detenerse en seco y levantaron una nube de polvo. Un orondo

centinela, que debía de superar los cuarenta y que en ese momento revisaba con parsimonia el contenido de las cestas que llevaba una mula, dio un respingo. A Teodoros no le pasó desapercibido el hecho de que, en ese mismo momento, el dueño de la mula le estaba entregando al centinela con disimulo unas monedas. Todo funcionaba mediante sobornos. También Teodoros sobornaba a sus superiores para conseguir permisos o para que no le dieran trabajos desagradables, o le sobornaban a él para llevar mensajes de un lado a otro si el destino le cogía de camino, aunque estuviera prohibido utilizar el *cursus publicus* para asuntos personales. Los centuriones, por ejemplo, amañaban las listas de suministros y no informaban de las bajas para así seguir recibiendo las raciones y las pagas completas de su unidad. Y se las quedaban. Tal unidad en la que constaban cien hombres quizá solo contara con setenta, tal otra con menos de cincuenta. En los pasos fronterizos, por la noche, se hacía lo mismo: pasaba una familia de godos sucios y famélicos, te daban unas monedas y tú no habías visto nada.

—Traigo un mensaje para el emperador.

—Pasa, Noah —le dijo el centinela al mulero mientras le palmeaba la espalda. Luego, alzando la voz, se dirigió a un joven oficial de aspecto cansado que, sentado en una silla y apoyado en una mesa, iba apuntando la recaudación del peaje—: ¡Tres bronces!

—Gracias, Arístides —dijo el mulero humilde y quedamente.

Teodoros sospechaba que el joven oficial que llevaba las cuentas apuntaría dos y se quedaría con el resto.

—¿De dónde vienes? —preguntó el centinela con suspicacia al tiempo que alzaba la mano para darle el alto a una anciana que llevaba ajos en una cesta.

—De Tracia. De la frontera del Danubio. Es urgente.

—¿Salvoconducto?

Mientras Teodoros metía la mano en el morral de cuero, el centinela le observaba de arriba abajo. La mirada del antioqueno se quedó clavada en la bolsa que el jinete llevaba al cinto. Luego le miró a los ojos.

—Aquí tienes. Sello imperial.

—Tengo que comprobar que es correcto —dijo el centinela mientras lo cogía y examinaba—. Últimamente se ven muchas falsificaciones. Si no tienes algún otro tipo de «prueba» —dijo alar-

gando la mano y frotando el pulgar con el índice—, podría llevar unos días.

Teodoros sabía que tarde o temprano darían el salvoconducto por bueno. Es más, aquello de las falsificaciones era una patraña. Pero tampoco podía acusar a aquel hombre de obstruir su labor: muchas veces mandaban más los centinelas que los generales. Estaba seguro de que, en caso de negarse a darle esa otra «prueba», el salvoconducto acabaría en la túnica del centinela, llegaría a sus superiores por la noche, daría vueltas de un lado a otro y, peor aún, al gordo le darían una palmadita en la espalda y le recompensarían por su celo, profesionalidad y buen hacer. Y Teodoros quería disfrutar de Antioquía cuanto antes.

—¿Cuánto?

—Tres *siliquas*.

—¿Estás mal de la cabeza?

El centinela se encogió de hombros, guardó el salvoconducto entre los pliegues de sus ropas, se dio la vuelta y empezó a remover los ajos de la vieja.

—Está bien —se rindió por fin Teodoros; se rascó la bolsa y sacó tres pequeñas monedas de plata que le lanzó una a una y que el centinela cogió al vuelo. Acto seguido el soldado le devolvió el documento.

—¡Abrid paso! —gritó el gordo—. ¡Mensaje para el emperador! ¡Es urgente!

El resto de centinelas se hicieron eco de las palabras del gordo y, en un instante, la muchedumbre que atestaba las puertas de Antioquía se apartó para dejar paso al mensajero como el mar Rojo ante Moisés.

# 3

## CONSTANTINOPLA

Se hizo el silencio en la lujosa estancia en la que Calícrates el ateniense solía agasajar a sus invitados. Las airadas palabras de Alexandra quedaron suspendidas en el aire y el griego le dedicó a su hija una mirada severa. Aquella misma mañana la había advertido de la importancia del encuentro y ella le había prometido que, por lealtad y amor a su padre, procuraría mantener la lengua quieta hasta que el acuerdo matrimonial se hubiera cerrado. Pero las palabras del obispo de Tesalónica, así como las tristes aportaciones del hijo de este a la conversación, siempre dándole la razón a su padre, habían resultado ser demasiado para los oídos de la joven.

—Pídeles disculpas al obispo y a tu futuro marido, Alexandra —dijo Calícrates entre dientes y forzando una sonrisa.

—¿Por qué? ¿Acaso no saben defenderse solos? —dijo la joven.

—Han hecho un viaje muy largo hasta aquí para conocerte, hija —suplicó el ateniense en tono conciliador.

Calícrates conocía bien a su hija. Supo que no se retractaría. Ya eran varios los pretendientes que, atraídos por la sustancial dote, por el cuerpo menudo y bien proporcionado de la joven y por sus ojos negros y profundos, habían acabado huyendo espantados ante la lengua afilada de la muchacha. Esa misma mañana su padre le había recordado que a sus diecinueve años las opciones de casamiento empezaban a desvanecerse. También corrían incómodos rumores entre los jóvenes de las buenas familias constantinopolitanas. Desde hacía un año habían empezado a apodararla «Medusa» debido al efecto petrificador de sus palabras. Y eso no era bueno para el negocio. La competencia era cada vez más despiadada en ese mercado. Las telas no se vendían solas, hacían falta contactos, renombre, contratos con hombres poderosos para suministrar al ejército o a la iglesia. Lo que hacía unos años era un tesoro, esto es, una hija casadera con cierto encanto físico, se había convertido en una maldición. La muchacha no parecía aceptar su condición de

mujer, su lugar en el mundo. Además, casar a Alexandra con el hijo de un hombre de prestigio hubiera lavado el estigma de nuevo rico que le había perseguido desde que empezara a ganar sus primeras monedas. Calícrates había hecho su fortuna a base de mucho trabajo y esfuerzo, y siempre había pugnado por sepultar su humilde pasado como hijo de un estibador del puerto del Pireo y de una esclava egipcia.

Uno a uno, los enlaces propuestos habían quedado en nada y el griego se había visto obligado a buscar pretendientes cada vez más lejos. Pero, aparte de los contratos, temía también que, si no casaba a su hija, esta dilapidaría toda su fortuna en un mes, en cuanto él faltase, dándosela a los pobres. Calícrates siempre creyó que si Alexandra recibía una educación digna de la casa imperial, conseguiría casarla bien. Hacía dos años que el ateniense sabía que había errado el tiro y la inversión, que en vez de contratar a filósofos y clérigos debería haberla educado para tejer, sonreír y no meterse en conversaciones de hombres.

—Descuida, mi buen amigo —dijo el obispo de Tesalónica y suegro potencial en cuanto se repuso del sobresalto—. La muchacha solo está confundida. Yo no me preocuparía, las mujeres suelen olvidarse de estas cosas en cuanto tienen hijos —dijo el prelado dirigiéndose a su primogénito como si intentara tranquilizarle—. Lo importante es que ya casi somos familia y que, de aquí a unos meses, y con la ayuda de Dios, cualquiera que pretenda comprar telas en Tesalónica tendrá que hacerlo a través de los agentes de mi querido consuegro Calícrates.

El ateniense asintió complacido y dio gracias a Dios de que el comentario de su hija no lo hubiera echado todo a perder.

—Sigo pensando que un hombre cubierto de sedas, oro y perlas no tiene autoridad moral para hablar por boca de nuestro Señor Jesucristo —repitió Alexandra con el ceño fruncido.

—¡Déjalo ya, Alexandra! —rugió su padre.

—¿Por qué? —dijo la muchacha airada, al tiempo que golpeaba la mesa y se ponía en pie—. Este hombre viene aquí a comer y a beber, empieza a pontificar sobre principios cristianos al tiempo que insulta a sus semejantes, se trae al baboso de su hijo, que no sabe hacer más que asentir a todo lo que dice su padre, y en vez de utilizar su posición y su poder para aliviar los males de los más ne-

cesitados, como es su deber, lo utiliza para hacer tratos comerciales contigo. Es repugnante. —Y, dirigiéndose al obispo—: Estoy convencida de que en el infierno hay un lugar reservado para gente como tú. «Antes pasará un camello por el ojo de una aguja que un hombre rico en el reino de los cielos» —recitó Alexandra.

Calícrates, rojo de ira, fue incapaz de articular palabra.

—Me temo, muchacha, que estás yendo demasiado lejos —dijo el obispo con indignación contenida.

—¿Quién te da derecho a hablar así de esa pobre gente? —Alexandra había estallado. Ya era imposible detenerla.

—¿De quién? ¿Qué he dicho? —preguntó el obispo, confundido.

—¡De los godos! El solo hecho de ser rubios, altos y de piel clara no significa que sean menos hijos de Dios. No significa que sean menos persona que la gente de tez oscura y ojos negros.

—¡Alexandra! —bramó Calícrates.

—Pero eso...

—Claro que vienen a nosotros. Claro que ocupan todos los puestos que nosotros no queremos ocupar. En el campo, en las minas, por unos sueldos de miseria. Claro que son toscos e incultos, ¿cómo no iban a serlo? Su única preocupación es sobrevivir un día más —concluyó Alexandra.

—Se reproducen como conejos... —terció Estefano, el hijo del obispo.

—¿Acaso no es ese el mandato divino? ¿Que nos reproduzcamos como conejos?

—¡Alexandra! ¡Basta ya!

—Te pido disculpas, padre. No puedo hacerlo.

Calícrates se acercó a ella y le dio un bofetón en la cara.

—¡Pide disculpas ahora mismo! —le dijo su padre mientras la zarandeaba.

—No serían sinceras —repuso Alexandra ofreciendo la otra mejilla.

—Bien, Estefano, hijo —dijo el obispo levantándose de la mesa—, creo que ha llegado el momento de irnos.

—Esperad —dijo Calícrates desesperado—. Ha sido un repente. Está en esos días del mes. Es como tú dices: en cuanto tenga hijos todo esto se le pasará...

—Lo siento, amigo. No sé lo que habrás hecho en esta vida o en la otra, pero Dios te ha castigado por algo —remató el obispo mirando a la muchacha de arriba abajo con desprecio.

Alexandra no pudo evitar soltar un bufido, esbozar una burlona sonrisa de incredulidad y negar con la cabeza. Sintió la gota de sangre que le manaba de la ceja y las cosquillas que le producía al recorrerle la mejilla.

El obispo salió de la estancia seguido de su hijo. La puerta se cerró y, de nuevo, se hizo el silencio. El ateniense se quedó mirando al suelo. Sabía que si se daba la vuelta, golpearía otra vez a su hija.

—Sal de aquí, Alexandra. Ve a tu habitación, ve a dar un paseo..., haz lo que quieras. Pero sal de aquí.

—Padre, no puedes pretender...

—¡Fuera!

La muchacha vagó toda la tarde por las calles atestadas de la metrópoli. Había ido al mercado para distraerse. Según decían, no era necesario salir de Constantinopla para ver el mundo, porque era el mundo el que visitaba Constantinopla. Había puestos de comida, de telas exóticas, de sedas, de fruta, de cerámica. Había gentes de todo origen, color y condición. Las voces se mezclaban y producían un murmullo ensordecedor e incomprensible. Babilonia.

La seguía Memnón, el esclavo negro, musculoso y sordomudo de su padre, que desde que Alexandra tuviera doce años se ocupaba de su protección. Solía entenderse con él gesticulando con las manos. Sentía por ese esclavo un particular cariño. Memnón siempre sonreía cuando ella le miraba. Alexandra estaba segura de que aquel no era el nombre real del esclavo, y le hubiera encantado saber de dónde venía, a quién había dejado atrás, si sentía deseos de volver a su tierra de origen, si tenía hermanos, si había tenido mujer.

En Constantinopla todo el mundo hablaba. Nadie podía detenerse a comprar pescado, huevos o pan sin enzarzarse en una airada conversación teológica sobre si el Hijo era de la misma sustancia que el Padre, sobre si los ángeles tenían sexo o sobre si adorar imágenes de santos contravenía los mandamientos. La religión cristiana había nacido y echado raíces en un entorno acostumbrado al continuo debate filosófico. Como cabía esperar, nunca era posible llegar

a conclusión alguna; por eso, en el mundo romano, ese tipo de charlas interminables, y de nula trascendencia práctica, acabaron por recibir el nombre de «discusiones bizantinas». Para Alexandra la esencia de Dios, el sexo de los ángeles o las estatuas de los santos, no revestían importancia alguna. Lo importante era vivir según el dictado del evangelio.

La muchacha no compró nada. Hacía tiempo que su padre no le daba dinero porque sabía que se lo acabaría dando al primer necesitado que se encontrara por la calle. Calícrates la había sermoneado hasta la extenuación durante años sobre el sudor que costaba ganar aquel dinero, sobre el hecho de que ya se encargaban el Estado y la Iglesia de amparar a toda esa gente, que para eso se pagaban impuestos. Decía su padre que cuanto más se diera, más vendrían, que eran como los gatos: en cuanto dabas de comer a uno venían otros dos, que era imposible atenderlos a todos. Que la caridad desmesurada llevaba a la ruina. Pero había godos pidiendo por todas partes. Decían que muchos de ellos eran esclavos a los que sus dueños repartían por la ciudad estratégicamente para que pidieran limosna y que, por la noche, los recogían. Muchos de ellos no hablaban ni latín ni griego, la mayoría seguían siendo paganos y tenían fama de ladrones y lascivos. Pero a Alexandra, convencida de la verdad del evangelio, le costaba creer que Dios hubiera creado hombres inferiores y hombres superiores. Todos eran descendientes de Adán y Eva, negros y blancos, de tez oscura o de tez clara. Todos eran iguales.

El Imperio necesitaba mano de obra barata. Los propios romanos ya no se dignaban a trabajar la tierra o a alistarse en el ejército, así que la administración imperial dependía de estas gentes para ambas cosas. Tanto bárbaros como romanos sin escrúpulos hacían negocio atravesando las traicioneras corrientes del Danubio en barcas atestadas de bárbaros que en muchas ocasiones zozobraban ahogando a sus ocupantes. La promesa de dejar atrás la miseria y de vivir en un mundo rico y luminoso en el que había termas, hospitales y tierras en abundancia, en el que el Estado entregaba trigo de forma gratuita a sus ciudadanos, resultaba un reclamo demasiado poderoso para esas gentes a las que, a través del comercio, les llegaban baratijas y relatos que daban alas a sus ensoñaciones. Sin embargo, y a pesar de que muchos de ellos se hubieran integrado en

la sociedad imperial, y de que algunos hubieran llegado a altos puestos a través del ejército o el comercio, tanto el color de su piel como sus ropas constituían un estigma. La mayoría dejaba de vivir en la miseria rodeados de miseria, para vivir en la miseria rodeados de opulencia. Y, mientras tanto, los principios evangélicos de amor al prójimo, de paz, de tolerancia, de igualdad y libertad sobre los que se asentaba ahora el Imperio no eran más que un montón de mentiras que se proclamaban desde los púlpitos.

El día iba muriendo cuando Alexandra entró en Hagia Eirene, la iglesia de la Santa Paz, erigida por Constantino el Grande hacía ya más de medio siglo. A la puerta se quedó Memnón haciendo guardia.

La muchacha necesitaba guía y solo podría encontrarla en el sosiego del templo, ante las imágenes de Cristo resucitado. Amaba a su padre. Lamentaba profundamente ser la causa de sus desvelos, enfadarle, ser la pieza que se interponía entre él y sus anhelos. Y sabía que Calícrates tan solo quería lo mejor para ella. Siempre había sido un buen padre, comprensivo, paciente y, en ocasiones, cariñoso. Alexandra quería ser una buena hija, hacer la voluntad del hombre que lo había dado todo por ella. Pero no sabía cómo hacerlo sin traicionarse a sí misma, a las creencias que ese mismo padre había invertido tanto en inculcarle. Ella nunca había querido ser una gran dama, ni pasear sedas y perlas por la corte, ni desposarse con un marido poderoso, ni tener docenas de hijos. Solo quería hacer algo para que el mundo en el que vivía fuese un poco menos injusto.

¿De qué servía la palabra de Dios revelada en el evangelio si no se ponía en práctica?

## 4

### EN ALGÚN LUGAR DE DACIA

Cavar la tumba al borde del camino no fue tarea fácil. Cada vez que Arnulf hundía la pala para retirar el barro, la lluvia creaba riachuelos que volvían a llenar el hoyo. Pero el joven godo no quiso que los hombres de Filimer le ayudaran. El esfuerzo convertía la pena en rabia. Era mejor maldecir que lamentarse. Desde la carreta, Brunilda, incapaz de llorar, observaba ensimismada a su hermano y el bulto inerte y agarrotado que yacía junto a él. No debía de entender muy bien lo que estaba pasando.

Madre por fin descansaba.

Arnulf dejó de cavar cuando el hoyo no medía ni dos palmos de profundidad. Cogió el cadáver por los pies, ante la mirada de los hombres de Filimer, y tiró y gruñó hasta meterlo dentro. Ninguno de los jinetes dijo una palabra. Contemplaban el rabioso adiós de aquel hijo con pesar. Todos habían perdido a alguien desde que empezara la huida. Pero una madre...

El joven se acercó a la carreta y cogió un puñado de trigo, un collar de cuentas de hueso y una olla de metal. Fue entonces cuando empezó a llorar. Brunilda, por el contrario, seguía sin derramar una lágrima y no quitaba la vista del cadáver. La lluvia deshacía poco a poco el montón de barro que Arnulf había retirado para abrir la tumba y caía sobre el rostro placido y azulado de madre, que parecía sonreír. El joven espolvoreó el trigo sobre el cuerpo de la mujer, le colocó la olla al lado y el collar de cuentas sobre el pecho. Luego, entre lágrimas, la cubrió de tierra.

Atrás quedó el pequeño montículo.

Había que seguir adelante.

La carreta avanzaba lentamente. De vez en cuando Arnulf atizaba con el palo las ancas del viejo buey para que no se detuviese. Bru-

nilda no se apartaba de su lado. Después de horas de marcha en silencio, la pequeña habló:

—¿Adónde van los muertos, Arnulf?

El joven podría haber dicho que no lo sabía, lo cual era cierto. Pero era mejor dar alguna explicación alentadora, la que fuera. Rebuscó en sus recuerdos, en las historias que le habían contado. Recordó que su madre una vez le había hablado del cielo, un lugar donde todo era maravilloso. Rodeó los hombros de su hermana con el brazo y la apretó contra su costado.

—¿No tendrá miedo de estar sola? —insistió Brunilda—. ¿Y frío? ¿Tendrá frío?

—No. Qué va —dijo Arnulf forzando una sonrisa—. Cuando uno muere va al cielo.

—Entonces, ¿por qué enterrarla? ¿No le costará más subir?

—Bueno, el cuerpo no sube. Sube otra cosa que se llama alma. Viaja hasta el cielo y allí mamá se encontrará con el abuelo y con la abuela y con padre y con nuestros hermanos y con muchos otros.

—¿Y cómo la reconocerán si no sube el cuerpo?

—Eso no lo sé. Lo que sí sé es que en el cielo no se pasa hambre, ni se tiene miedo, ni frío. Y comen miel todos los días. Y están felices.

Brunilda miró al frente y sonrió. Luego miró al cielo gris y lúgubre.

—¿Y llueve?

—¿Dónde?

—En el cielo.

—No, claro que no. En el cielo siempre hace sol.

—¿Y tienen casas?

—Sí. Y muy bonitas.

La chiquilla pareció quedar satisfecha. Luego le fueron surgiendo más dudas:

—¿Y por qué tiene la gente miedo a morir? ¿Por qué se llora cuando se entierra a alguien?

Arnulf se encogió de hombros. Sencillamente no tenía respuesta.

—¿Y hay demonios?

—No. Los demonios van al infierno. La gente mala va al infierno y la gente buena va al cielo.

—¿Y qué es el infierno?

—Un lugar terrible y oscuro.

—Entonces mamá irá al cielo.

—Claro.

—Y tú también irás al cielo cuando te mueras —dijo Brunilda con una sonrisa. A Arnulf se escapó una lágrima—. ¿Y yo? ¿Iré al cielo?

—Por supuesto que sí.

—¿Y veré a mamá cuando me muera?

—Claro. Nos estará esperando y nos dará un abrazo.

—¿No será mejor morir ya?

—No digas esas cosas, Brunilda. A los dioses les molesta que se digan esas cosas. —La niña se tapó la boca con las manos a toda velocidad—. Es como cuando te dan un regalo y no te gusta: hay que sonreír y agradecerlo y decir que te gusta mucho. —Arnulf supo que a la mente infantil de la chiquilla había acudido una imagen del infierno, fuese la que fuese. Debía tranquilizarla—. A ver, no pasa nada por decir eso cuando se es pequeño. Es igual que cuando un bebé rompe algo porque no sabe lo que está haciendo.

Vio el alivio en el rostro de la niña. Pero también supo que, por miedo, Brunilda iba a dejar de hacer preguntas y se iba a sumir en sus propios pensamientos. Arnulf lo lamentó. La charla siempre alejaba las preocupaciones, el frío y el hambre.

Dejó de llover a media tarde. Entre las nubes se abrieron claros y los rayos del sol iluminaron las colinas que había a lo lejos tornando lo que hasta entonces había sido un paisaje gris, triste y apagado en uno verde, fresco e intenso.

Era imposible perderse. La ruta que habían seguido las miles de carretas quedaba marcada por el barro, por las huellas de las ruedas, por los montones de excrementos de bestias y hombres. Vieron más tumbas a los lados de la senda trazada por las ruedas, los pies y las pezuñas. Confluyendo con la ruta principal había otras más pequeñas que se unían a ella desde el este y el oeste.

—Ya casi estamos —dijo Filimer, que cabalgaba a su lado—. Cuando culminemos ese alto divisaremos el Danubio y el campamento. Esta noche la pasaremos entre los nuestros y, con suerte, para cuando llegue el invierno tendremos tierras y trabajo al otro lado. ¿Preparado para empezar de nuevo, muchacho?

Arnulf asintió complacido. No tardó en volver a fantasear con su trozo de tierra. ¿Cómo sería? ¿Podría cavarse con facilidad?

¿Cómo serían las primaveras? ¿Y los inviernos? ¿Se congelaría la tierra como ocurría en la aldea? ¿Sería una tierra fértil? ¿Podría tener gallinas? Quizá cambiara el buey por una pareja de cerdos. Si le daban una casa podría vender la carreta, era una buena carreta, la mejor. Un rebaño de ovejas. Sí, uno no muy grande, media docena quizá, ya crecerían, ya criarían. También le haría falta un cabrón. Él mismo levantaría el cercado con sus propias manos, tal y como le había enseñado su padre. ¿Habría lobos? ¡Ah! Necesitaría un perro. Él le adiestraría. Haría falta mucho esfuerzo, pero sabía que podía conseguirlo. Solo necesitaba una tierra benigna y la paz que los demonios le negaban a él y a su pueblo. Llevaba toda la vida arando, sembrando, cosechando. Lo harían él y Brunilda. Puede que incluso encontrara una muchacha a la que unirse en esa nueva tierra a la que los demonios serían incapaces de llegar. Por lo que decían, allí era fácil hacerse rico. El imperio de los romanos lo llamaban, una tierra de incontables maravillas, de luz, de caminos adoquinados, de casas de piedra con el suelo caliente.

Atrás quedaba la tierra devastada. Delante, la promesa de un mundo rico y nuevo.

Arnulf abrazó a su hermana y sonrió.